

---

# La Seo

Joan Alcover

Catedral de Mallorca

---

---



Como David, armado  
con la fe de su Dios, el pueblo ibero,  
en amor inflamado.  
al dogma verdadero,  
la frente holló del árabe guerrero.

Aquel ardor, el mismo  
ardor que daba al pecho resistencia  
y al ánimo heroísmo,  
con la divina esencia  
del arte, fecundó su inteligencia.

Y en moles de granito  
esculpiendo sus cánticos triunfales,  
al éter infinito  
sus torres ideales  
alzaron las sublimes catedrales,

en donde sueña el atrio  
llegar del cielo, el ánima sedienta,  
y oír que el genio patrio  
la crónica sangrienta  
de Covadonga hasta Granada, cuenta.

La aragonesa flota  
sus velas amainaba, y ya su gente  
con la primer derrota  
de la morisma ardiente,  
ganaba la ribera de Occidente.

Ciñó la ciudad fuerte,  
como una sierpe de oro, con sus mallas;  
desolación y muerte  
llenaren sus murallas,  
al sangriento furor de las batallas.

Llora su triste ocaso  
el árabe, al huir de las riberas,  
señalando su paso  
con nocturnas hogueras  
sobre las apartadas cordilleras.

Brilló su roja lumbre  
a cada nueva liza, más lejana;  
bajó la muchedumbre  
a la mar africana:  
reinó la paz... Mallorca era cristiana.

Tornó a su nido el ave,  
reverdeció la hollada mies, al viento  
nube de olor suave  
se alzó del campamento  
a la sagrada ceremonia atento.

Y el rey, cual si plantara  
de un árbol santo la semilla pura,  
del templo que soñara  
en hora de amargura,  
la primer piedra colocó en la altura.

Seis siglos ha.; Con vuelo  
sublime y temerario se levanta,  
entre la mar y el cielo  
su mole sacrosanta,  
a cuyo pie la ola se quebranta.

Del alma fiel emblema,  
que en místicos ensueños embebida,  
a la región suprema  
se eleva, combatida  
por el rumor del golfo de la vida.

A guisa de alto monte  
vaciado por un pueblo de gigantes,  
en límpido horizonte  
estribos y arbotantes  
dibujan sus hileras arrogantes.

Como haz de pensamientos,  
libres del yugo de la carne impura,  
entre los cuatro vientos  
elevan su figura  
sus torres de ideal arquitectura.

Y lleno de misterio,  
página a un tiempo gótica y moruna,  
de la menguante luna  
que aquel dorado imperio  
enlaza con el fin de su fortuna,  
el campanario ostenta,

como gallarda torre de homenaje,  
su mole corpulenta,  
su corona de encaje,  
su esbelto y agrupado ventanaje.

Miradla... Misteriosa,  
como la augusta religión, descuella;  
y plácida reposa  
al pie la ciudad bella,  
como el amor y patrocinio de ella.

Seis siglos ha que cuando  
al triple anuncio de la gran campana  
que lenta va sonando,  
la hostia cotidiana  
se eleva, como el sol de la mañana,

y el rosetón calado,  
que de matices y de sol rebosa,  
del incienso sagrado  
la onda vagarosa  
enciende y baña de amaranto y rosa;

de su labor descansa  
campo y ciudad, todo rumor decrece,  
y en la serena y mansa  
atmósfera parece  
que aquel aroma místico se mece;

deja, a merced del agua  
flotar su remo el pescador sencillo,  
suspéndese en la fragua  
el golpe del martillo,  
y en la pradera el son del caramillo;

y cuanto se domina  
desde lo alto del templo giganteo,  
hasta que el son termina  
del bronce de la Seo,  
es una sola voz que dice; ¡ Creo !

Mas no, que, indiferente,  
alguno sella el labio empedernido,  
y en su orgullosa frente  
rebota aquel sonido  
sin despertar un eco ni un latido...

¿En dónde, si vacío  
de amor y de esperanza un día llora,  
en dónde, si el hastío  
su corazón devora,  
una luz hallará consoladora?

Viajero, por la puerta  
del Mirador, tu paso al templo guía...  
Al horizonte abierta  
de la gentil bahía.  
el ánimo suspende y extasía;

y ya retumbe el trueno  
y arroje el aguacero sus raudales  
ya en su profundo seno  
de liquidas cristales  
refleje el mar sus líneas ojivales,

parece una, voz tierna  
que del misterio del amor nos hable,  
una sonrisa eterna  
de piedad inefable,  
¡ el himno de la vida perdurable!

Allí el afán espira  
que en el cieno del mundo arraiga y medra  
Entra, viajero, y mira  
la bóveda que arredra,  
como anchuroso piélago de piedra;

y los troncos escuetos  
que a la techumbre colosal, oscura,  
se lanzan, como abetos  
de gigantesca altura  
que hunden en mar de niebla su espesura

Sobrecogido el pecho  
de miedo y estupor, bajo el bajo el sagrado  
bajo el sublime techo,  
caerás arrodillado,  
sintiendo allí la voz que has olvidado.